ESTRELLAS DEPORTIVAS

FASCICULOS COLECCIONABLES

56

El Diario



MARCELINO PEREZ
caballero del deporte

calzado deportivo Champion
F.U.N.S.A.



GOLEADOR.

MARCELINO PEREZ

privilegiado protagonista de la época de oro del fútbol

Escribe: Antonio Pippo

El fútbol tiene una historia hecha de las calles, esquinas, céspedes desparejos y pelotas de redonda picardía. Viene de los ingleses, dicen, y los humildes le dieron forma y rango por estas tierras de gente predispuesta al juego, a la habilidad y a la bohemia acariciada de romanticismo, cuando sobraban alpargatas, trapos y adoquines de punta y faltaban puchero, catecismo y escuela. Como el tango, la música del pueblo, el fútbol tuvo su época de oro. Un ciclo que se alargó desde los comienzos de siglo hasta el año 50, trayendo triunfos primero inesperados y luego convertidos en costumbre, para colocar a este país pobre, desvalido, desconocido —defendido ante las minorías selectas, en todo caso, por la excepción de sus genios literarios—, al tope del asombro del mundo. Marcelino Pérez, un protagonista privilegiado de ese ciclo, cumple todavía en la misión periodística con un magisterio que se acunó en aquellos adoquines, en aquellas alpargatas, en aquel romanticismo bohemio y pícaro, pero que tuvo siempre, quizás por herencia paterna, una distinción, una elegancia, una clase que aún lo identifican.

Esa clase, esa elegancia, esa distinción ya impulsaban aquel cuerpo flexible y joven del Oriental-Pocitos, aquella figura alta, espigada, que destacaba su prestancia aun en los más bravos entreveros de la Tercera de Ascenso. Esa clase, esa elegancia, esa distinción le abrieron las puertas del glorioso Nacional del 33 y de la selección uruguaya del 35, para colocar su fineza y su categoría de crack en medio de los luchadores sudorosos, de los titanes del esfuerzo, en una conjunción que pintó de oro mil jornadas memorables llenas de filigranas, de trancazos, de piruetas memorables y revolcones vindicantes impidiendo el gol aquí y fabricándolo allá con la magia celeste de todos los domingos. Esa clase, esa elegancia, esa distinción lo convirtieron en un revolucionario táctico del fútbol y después le abrieron las puertas del periodismo, cuando una rebelde lesión, a los 27 años, impidió que su figura flexible, joven, alta, rubia, espigada siguiera regalando los ojos de la afición alegre —porque había alegría de fútbol en aquellos tiempos— y llenando de campeonatos las vitrinas golosas. Y es por esa clase, esa elegancia y esa distinción que hoy lleva el título, ganado por y para el fútbol, de ciudadano del mundo, de embajador honorario y solidario, capazde conducir a las nuevas generaciones y capaz de entregar su magisterio con el mismo altruismo que, años atrás, los Nasazzi, los Scarone y tantos otros le ofrecieron también a él su sabiduría irrepetible sin pedirle nada a cambio. ¡Qué personaje, Marcelino! Un tipo ideal para contarlo. O mejor aún, para dejar que él cuente su vida, su historia, sus experiencias, porque así estará abriendo las páginas principales de un mundo que estamos dejando ir y que conviene recordar a fuego para intentar atraparlo en el manotazo final de la esperanza. Intentarlo, al menos. Quizás lo logremos, Marcelino, porque "el fútbol sigue estando en todas partes, como un dios tozudo", al decir de Carlos Enrique Urquía.



El Diario

Estrellas Deportivas Nº 56

Depósito legal Nº 122.444

Montevideo, miércoles 11 de octubre de 1978.

PROXIMO FASCICULO:

PEDRO ROCHA

Miércoles 18 de octubre de 1978

Los primeros tiempos

"MUY pocos lo saben, pero yo nací en Buenos Aires. Claro, fue tan solo una circunstancia, ya que apenas tenía tres meses cuando mis padres me trajeron a Montevideo. Así que en realidad siempre me he sentido uruguayo y además, por cierto, no hay diferencias entre ambos países sino tan solo aspectos que los acercan. Crecí en Pocitos, frente a la costa, en Pagola y Benito Blanco, con adoquín de punta y pelotas de trapo. Fue una niñez humilde, como tantas otras, en la que jugar al fútbol era para todos los chiquilines una verdadera fortuna. Los niños tenían entonces un gran sentido de la imitación, ya que veían y copiaban a grandes jugadores. Por eso siempre dije que fue un privilegio ver a quienes yo vi. Mi generación llegó, por otra parte, a recibir una herencia de glorias dejada por los campeones que habían alcanzado la cima en el 24, el 28 y el 30. Campeones que extendían sobre la juventud su influencia sicológica fundamental.

"Recuerdo a mi niñez llena de baldíos y calles adoquinadas convertidos en escenarios del fútbol mejor. Con pelotas de trapo o de goma. Con enorme entusiasmo, a toda hora del día que se pudiera robar del estudio o del trabajo.

"En aquel Pocitos vivía nada menos que don José Piendibene, el gran ídolo del país. ¡Si habremos tenido maestros de primera en esa época! Recuerdo que había un equipo famoso del ascenso llamado Oriental-Pocitos. La camiseta era blanca y celeste, como la de Cerro. Sus jugadores eran casi todos universitarios y tenía la cancha en Buxareo y 26 de Marzo. Ese fue mi primer contacto con los grandes del fútbol. En el Oriental-Pocitos jugaban, por ejemplo, los hermanos Deagustini y el doctor Nicola Reyes, quien además sería recordado después por la obra filantrópica que desarrolló. En ese marco conocí el fútbol, lo aprendí a querer, vi grandes jugadores y quise imitarlos. Allí nació mi amor por este maravilloso deporte.

"Donde ahora está la avenida Soca vi jugar a Peñarol. Y también vi a Nacional en el viejo Parque Central. Era maravilloso.

"Me acuerdo que en aquella época —estoy hablando del año 1926 — los caramelos traían unas figuritas que representaban a los campeones del 24, muchos de los cuales después llegaron a ser compañeros míos. Hubo una huelga estudiantil por un problema que no recuerdo y dejamos la clase. Con un montón de compañeros nos fui-

FICHA PERSONAL



Nuestro personaje de "Estrellas Deportivas" de hoy nació el 23 de octubre de 1912 en Buenos Aires, aunque a los tres meses de edad ya estaba en Montevideo. Sus padres, españoles, se llamaron Marcelino Pérez y Concepción Jardón, un matrimonio admirable, de gente de trabajo, que le dejó una herencia de dignidad y alegría de vivir.

Marcelino Pérez tiene hoy dos hijas — Cecilia y Silvia— y dos nietos, Daniel y Diego, que son su máxima alegría cotidiana.

Como futbolista jugó en equipos amateurs y de Tercera Especial, hasta que ingresó a Nacional en 1932. Con los tricolores fue campeón uruguayo durante los años 33 y 34. En 1936 pasó al Vasco da Gama de Río de Janeiro y obtuvo el campeonato carioca ese año y el siguiente.

Vistiendo la casaquilla de la selección uruguaya integró como titular el plantel que ganó en Lima, en Santa Beatriz precisamente, el torneo sudamericano de 1935, una de las grandes conquistas continentales del fútbol celeste.

Como director técnico estuvo al frente de River Plate los años 1946, 47 y 48. Posteriormente dirigió a Defensor y también a la selección uruguaya en partidos por la Copa Río Branco ante los brasileños. En 1946 fue seleccionador del plantel nacional.

Desde 1949 inició su actividad periodística, trabajando para EL DIARIO por más de 13 años.

LO QUE EL FUTBOL ME HA DADO

"Al fútbol, que ha sido mi vida ,no tengo palabras para agradecerle todo cuanto me ha dado. He conocido gente importante, he cosechado enorme cantidad de amigos, he visto el mundo y he participado de los más grandes acontecimientos deportivos de los últimos cuarenta y cinco años. ¡Qué más puedo pedir, en realidad?

"Si como jugador alcancé lauros trascendentes y satisfacciones importantes; si como técnico participé de una verdadera revolución táctica y también obtuve logros significativos, todo esto en definitiva ha sido menor a lo que he logrado a través del periodismo. Participé de la cobertura de tres olimpíadas, en Londres, en Finlandia y en Roma. Estuve presente en todos los mundiales jugados hasta ahora a partir del de Brasil en 1950. Acompañé decenas de giras de la selección celeste y de Peñarol y Nacional, tanto por Europa, como por Asia, Africa, Centroamérica, Estados Unidos y nuestro propio continente, en una serie ininterrumpida durante todos estos últimos 28 años de actividad profesional.

"Todo esto me ha dado una vida interior muy importante, forjada por emociones, alegrías y desazones. La alegría de Maracaná, por ejemplo, que no puede compararse a ninguna otra. La emoción de lo ocurrido en Suiza, particularmente en aquel memorable partido con los húngaros, cuyo recuerdo no habrá de borrarse nunca. Y por si todo esto fuera poco, fui testigo privilegiado de la aparición de Pelé, del surgimiento de Beckembauer y de la fabulosa eclosión de Brasil en 1970. Algún día escribiré un libro con todas estas vivencias".



El equipazo de Nacional de 1933. Marcelino aparece aquí, otra vez con la pelota debajo del brazo. Siempre la quería tener él. Aquí están, también, Eduardo García, Nasazzi, Domingos da Guía, Ciocca, el Vasco Cea y el Manco Castro. Fue el año de mayor afluencia popular al fútbol y el año también que marcó la asistencia de las mujeres a los espectáculos deportivos

mos al Parque Central, donde entrenaba la selección uruguaya. Era nuestra máxima aspiración ver de cerca a los ídolos, tocarlos, hablarles. Los celestes practicaban para un Sudamericano que se jugaría en Chile. Nos metimos en la cancha y rodeamos a Nasazzi, que se había quedado en la mitad del campo. No exagero si digo que parecía Artigas, allí parado con su imponente figura. Un hombre y un futbolista admirable, que sentía gran simpatía por los chiquilines que recién empezaban a querer al fútbol. Verlo, hablar con él, sentir su presencia y su palabra fue un gran estímulo.

"Mis primeras intervenciones oficiales fueron allá por el año 30, en un equipo que integraba la Tercera bravía de entonces, llamado "Ariel", que tenía la cancha detrás del cementerio Inglés, donde ahora hay un cuartel.

El pase a Nacional

"CORRIA 1932 cuando fui un día al Parque Central a acompañar a un amigo que iba a practicar a Nacional. Quiso la casualidad de que faltara gente y quedó un puesto sin cubrir: half izquierdo. Me invitaron a jugar y agarré viaje. El equipier de Nacional era el recordado "Indio" Castillo, aquel que daba los zapatos "revirados" y las camisetas descoloridas. Castillo era también el canchero del Parque Central.

"En el equipo contrario jugaba un rubiecito habilidoso, pícaro. Tuvimos un mano a mano muy parejo, un duelo casi permanente donde en forma alternada uno y otro sacábamos pequeñas ventajas.

"El director técnico era Carlos Scarone. A la media hora de práctica se me acercó y dijo: "Es suficiente, te podés ir". Creí morir, porque pensé que había andado mal y me estaban echando. Pero enseguida vi que también sacaban al que había jugado mejor de todos. Entonces Scarone le gritó a Lorenzo Vilizio, dirigente tricolor y que posteriormente fuera miembro de la FIFA: "Llevate a estos dos a pedir pase". Uno era yo; el otro nada menos que Aníbal Ciocca. Ambos surgimos así, de una práctica de aspirantes, y en mi caso ayudado por la casualidad. Yo iba a cumplir 20 años y a la semana, con Ciocca, entrenábamos con el plantel superior, al lado del Manco Castro, de Santos Urdinarán, Recoba, Enrique y Arsenio Fernández, Juan Ricardo Faccio, Duhart y otros grandes. ¡Era como un sueño, para no creerlo!

"Nacional tenía entonces una política muy definida: formar jugadores juveniles y darles entrada junto a los consagrados, los veteranos, para ir renovando el plantel. Por eso salían equipos bien equilibrados, bien balanceados. Con Aníbal debutamos en Primera a la semana de aquella práctica, teniendo como compañeros a los cracks que veíamos en las figuritas, a los que tanto admirábamos. Y fuimos titulares siempre.

"Hay una cosa importante a destacar. En aquella época no había la influencia de los directores técnicos que existe hoy. Eran los grandes jugadores, los más veteranos



La selección de Santa Beatriz, ganadora del Sudamericano de Lima de 1935. Vistiendo la camisilla roja, Marcelino aparece primero a la izquierda, con la pelota debajo del brazo. La columna vertebral de aquel equipo fueron Ballesteros, Nasazzi, Lorenzo Fernández y el Manco Castro.

SANTA BEATRIZ

"DE entre mis recuerdos más importantes y significativos debo mencionar sin duda al Sudamericano de Santa Beatriz, en Lima, en el recordado año 1935. Tuve la suerte de vestir la casaquilla de la selección nacional, junto a verdaderas glorias del fútbol uruguayo. La conquista de ese Sudamericano fue una proeza en aquella época.

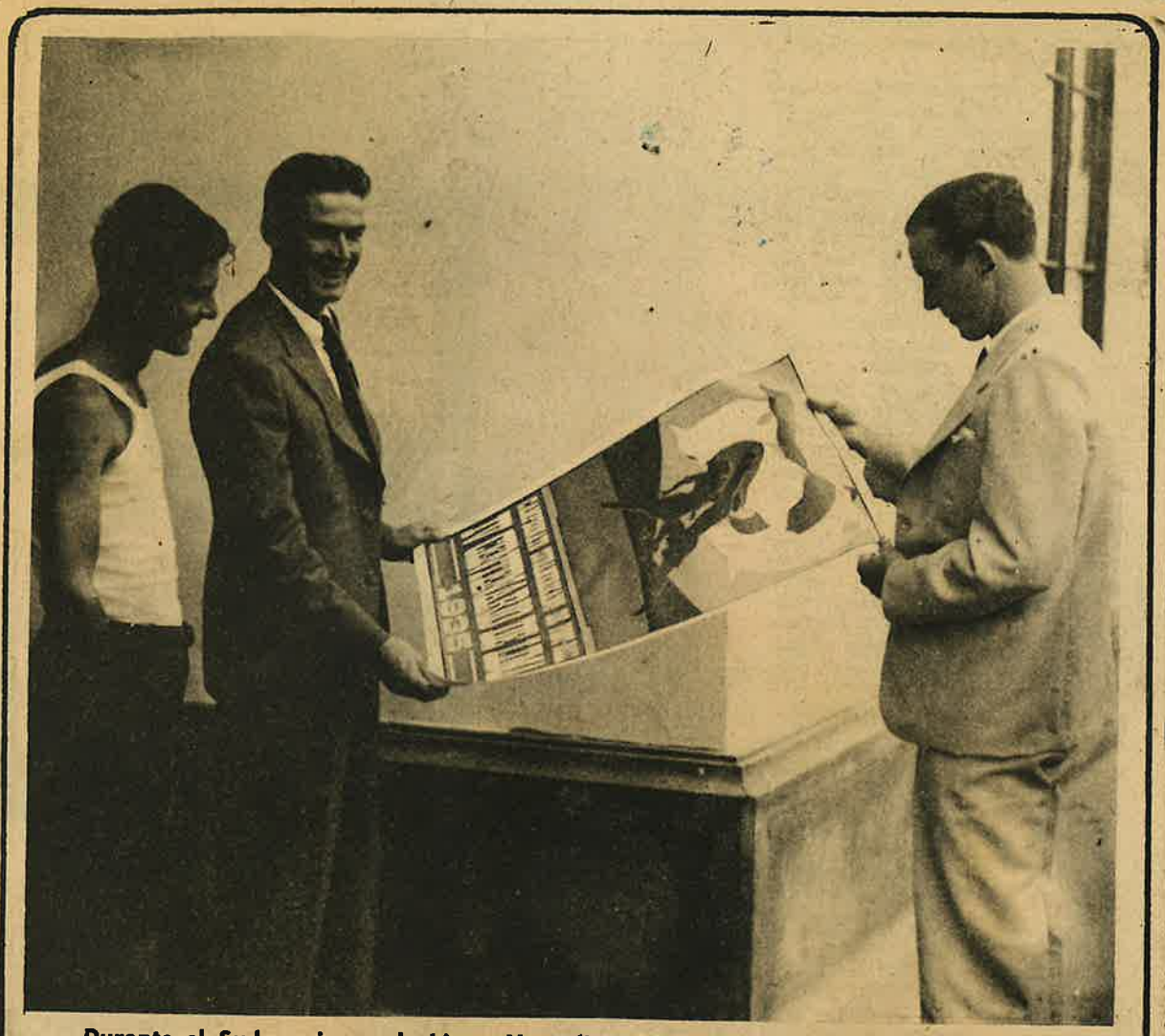
"Fuimos a jugar con camiseta roja, ya que la celeste estaba "prohibida" luego de los incidentes con Argentina en el año 1930. El rojo salió de la bandera de Artigas. Cuando fui citado para el plantel que viajaría a Lima, oculté mi condición de argentino. En esos tiempos se viajaba con pasaporte colectivo y yo por nada del mundo quería perderme la oportunidad de jugar por Uruguay. O sea que en realidad casi puede decirse que mi participación fue antireglamentaria, pese a que entonces las reglamentaciones eran mucho más elásticas y amplias que ahora.

"La columna vertebral de aquel equipo era el arquero Ballestreros, el Mariscal Nasazzi, el inolvidable Lorenzo Fernández y el Manco Castro. La mayoría de los restantes jugadores titulares éramos jóvenes. Muchos recién comenzaban su actividad internacional a nivel de competiciones importantes. Ahí estuvieron, junto a mí, Muñiz, Zunino, Taboada, Aníbal Ciocca, Enrique Fernández, Braulio Castro, Denis, Miguel Olivera y Maquiavello, que era el arquero suplente. Pero aquella columna vertebral era la que marcaba el ritmo, el funcionamiento del equipo y también la que impulsaba anímicamente a todo el grupo.

"Fue un campeonato ganado bien a la uruguaya, con garra, corazón y la clásica técnica nuestra. El Manco Castro —aunque muchos recuerden primero a Nasazzi o a Lorenzo Fernández— fue la gran palanca moral del cuadro. Hacer una síntesis de todo lo que jugó e influyó en Santa Beatriz es imposible. Por eso simplemente quiero recordar una anécdota que creo lo pinta entero.

"Fue en el partido final, contra Argentina, cuando una vez más se hablaba de la superioridad de nuestros rivales. El Manco nos reunió a todos los más jóvenes, que éramos la mayoría y nos dijo: "Muchachos, yo ya estoy al final de mi carrera, pero ustedes tienen todo por delante. Esta es la oportunidad de mostrar que también ustedes pueden ser los mejores. Yo voy a dar el resto y ustedes tienen que hacer lo mismo. Este partido tenemos que empezar a ganarlo mentalmente. Como primera medida, vamos a "cara de perro". Cuando entremos a la cancha no saludamos a nadie. Vamos derechito al medio y se acabó. Eso los va a impresionar".

"En realidad, así fue. El primer gol de la selección fue precisamente de él. Cuando corrimos a abrazarlo, el Manco rechazó todas las efusividades y nos instó a seguir luchando, a morder, a no perder tiempo. Dijo: "Vamos a hacer otro en seguida, que ya los tenemos". Lo dijo fuerte, para que también los rivales lo oyeran. Fue un golpe sicológico importante. Diez minutos después vino el segundo gol, convertido por Ciocca. Y otros diez minutos más tarde el tercero, que anotó Taboada. Todo al influjo del sensacional Manco."



Durante el Sudamericano de Lima, Marcelino Pérez, Aníbal Ciocca y Enrique Fernández en el hotel de San Miguel, durante la concentración, mirando un afiche alusivo al torneo continental

y sapientes, los que enseñaban. Lo hacían con gran altruismo, no se guardaban nada, todo lo trasmitían a los más jóvenes. Por eso la generación de 18 a 20 o 21 años de aquel entonces salió adelante con éxito. Jugábamos y aprendíamos al lado de los Nasazzi, los Gestido, los Lorenzo Fernández, los Manco Castro, los Anselmo, los Urdinarán. Era maravilloso y todos los juveniles sentíamos un profundo respeto por los maestros.

"Había obligación, además, por defender la celeste y ganar. Era la herencia de los antecesores, de los grandes triunfadores de años anteriores. Todo eso suponía una cuestión de honor. Quizás aquella época era distinta, más romántica, con más tiempo. Ahora el modernismo ha impuesto otro ritmo, otros apremios, otras tensiones y todo es distinto. Para mí, a los 20 años, jugar en el primero de Nacional junto a mis queridos ídolos, era como la concreción del sueño juvenil. Algo sencillamente hermoso, indescriptible."

El año 33

"DE toda la campaña en Nacional, lo del año 1933 pasó a la historia y con razón. ¡Qué equipo fue aquél! Eduardo García en el arco; Nasazzi y Domingos da Guía formaban la pareja de zagueros. El Mariscal se adelantó nada menos que 40 años al líbero actual. ¡Si habrá sido importante! Da Guía fue un jugador excepcional. Tenía público para él solo, un caso insólito. Lo iban a ver gentes que gustaban del fútbol pero que no eran hinchas de Nacional, ni siquiera de Peñarol. En la línea media yo jugaba de half izquierdo. En esta zona intermediaria alternaban Arsenio Fernández, Faccio, Magno y Miguel Andreolo. Creo que yo fui el único que jugué todos los partidos de ese año. Adelante estaban Labraga, Duhart, Aníbal Ciocca, Francisco Arispe (el "Indio" chico), Petrone (que había regresado de Italia con el prestigio de sus goles inacabables y espectaculares), Enrique Fernández, Ithurbide y los hermanos Saldombide, que eran punteros de ambos lados. Y por si todo esto fuera poco, a principios del 34, con el mismo plantel, se agregó el "Mago" Scarone, que volvió a Nacional. ¡Qué jugador! Alentaba, ayu-

daba, aconsejaba, nunca reprochaba nada. Era una enciclopedia viviente, inagotable.

"Creo que el año 33 fue el que provocó la mayor concurrencia de espectadores al fútbol hasta entonces. Los grandes espectáculos brindados por aquel equipo de Nacional provocaron afluencia masiva de público. Y se registró un hecho trascendente: el aporte femenino al más popular de los deportes. Un aporte que se daba por primera vez, porque hasta ese año la mujer había retaceado su colaboración, su participación. En cantidad de partidos podían verse mujeres de la sociedad, llenas de pieles y plumas, paradas en el talud, hinchando por sus colores favoritos. Me acuerdo de un clásico, en el 33, cuando hubo pánico en el Estadio. Alguien gritó en la Olímpica: "Se cae la torre". Todo el mundo echó a correr y la desbandada pasó a la Colombes. Caían, rodaban por centenares. Al final, el público invadió la cancha. El partido estuvo suspendido un largo rato y al final se siguió con la gente sentada al borde de la raya, incluyendo gran cantidad de mujeres, con sus pieles y con sus plumas. Fue un espectáculo inolvidable.

"El campeonato de 1933 se definió en el 34. Hubo varios clásicos seguidos. El gran lío se desató cuando el gol "de la valija", por el cual echaron y luego suspendieron a Nasazzi y a Labraga. Nacional jugó el "pico" que quedaba y el alargue —en total 80 minutos— con nueve jugadores. Fue el famoso "9 contra 11" que hasta hoy se recuerda. Hicimos un juego adecuado y logramos quedar 0 a 0.

"Después hubo dos finales más sin que se alcanzara la definición, aportando más incertidumbre a un torneo que había apasionado a todos. Hasta que finalmente, la tercera fue al vencida. Ya en 1934, Nacional ganó con 3 goles del "Manco" Castro, conquistando el título. Un triunfo que repetiríamos en el campeonato de 1934. En el 35 fue campeón Peñarol. Y en el 36 pasó al fútbol brasileño.

"Pero guardo mis mejores recuerdos de aquel año 1933. Fue mi mejor año, jugando todos los partidos y con un desempeño que me valió la inclusión en la selección uruguaya. Pero el año 33 fue también importante por lo que dije antes — Nasazzi, los clásicos, el aporte de las mujeres, Domingos da Guía— y por el récord de Eduardo García en el arco tricolor. Era un torneo de diez equipos, o sea 9 partidos para cada uno. Y Eduardo estuvo algo más de una rueda sin que le hicieran un gol. Creo que ese récord recién lo vino a batir Mazurkiewicz en Peñarol, muchos años después.



El sensacional equipo de "9 contra 11". Ochenta minuto resultado de 0 a 0. Una foto para el mejor recuerdo. Este tuvo

ACIONAL de FOOTBALL



fensor MARCELINO PEREZ

ntre pico y alargue jugados en esa inferioridad numérica ante el tradicional rival y manteniendo el mpeonato finalizó ya en 1934, al cabo de tres clásicos. El último, que decretó el triunfo de Nacional, resultado de 3 a 0 con tres goles del Manco Castro



El equipo de Vasco da Gama, campeón carioca durante las dos temporadas en que vistió su casaquilla Marcelino Pérez. Parados: Luna, Luiz Carvalho, Zarzur, Italia, Oscarinho y Marcelino Pérez; hincados: Porto, Nena, Feitiço y Orlando; sentados: Rey, Kuko y Ary (la mascota). Esta foto fue tomada el 12 de octubre de 1936. Ese día, Vasco le ganó a Vélez Sarsfield argentino por 3 a 2

Vasco da Gama

"EN junio de 1936 pasé al Vasco da Gama de Brasil. Hubo un error administrativo que favoreció una variante reglamentaria beneficiando a algunos jugadores. A raíz de esto, Enrique Fernández se fue al Barcelona, Ithurbide al Red Star de París y yo al fútbol brasileño.

"Con Vasco da Gama hice un contrato incluyendo una cláusula que dejaba el pase en mi poder al terminar el contrato. Creo que en eso fui un pionero. Después muchos otros jugadores, hasta hoy, me imitaron. En aquella época no se ganaba mucho dinero, pero la plata valía más. Ya entonces se podía vivir del fútbol, si se administraba bien. Me acuerdo, por ejemplo, que cuando fuimos al Sudamericano de Lima nos daban cinco dólares de viático diario y nosotros preferíamos los pesos uruguayos, porque en Perú valían más. Un dólar representaba 95 centésimos. Claro, eran otras épocas. Nadie hizo fortunas, de todas formas, porque éramos más humildes que ahora. Además, no había orientación para invertir, como ocurre hoy.

"Vasco da Gama ya era en el 36 una institución ejemplar desde el punto de vista organizativo. Tanto deportiva, como administrativamente, algo sensacional. El cumplimiento en los pagos era realmente asombroso.

"Con Vasco fui campeón carioca en 1937. Creo que fue una buena campaña, de año y medio. Entre los recuerdos más significativos puedo mencionar a Zezé Moreira, a quien tuve de rival directo en el torneo. El jugaba de half derecho en el Botafogo y frecuentemente nos encontrábamos. Era un jugador de excelentes condiciones. En Brasil se estaba en plena revolución táctica. Habían traído gran cantidad de entrenadores extranjeros, fundamentalmente húngaros y querían transformar al fútbol. La defensa del fundamento se logró por intermedio de los jugadores rioplatenses que se incorporaron en aquella época y que siguieron su línea de fútbol técnico habitual. Además, hay que hacer mención a la importante actividad cumplida por Ondino Viera en distintos clubes: Fluminense, Vasco da Gama, Botafogo y otros. Y también de Carlos Carlomagno, un técnico uruguayo que con Fluminense ganó el tricampeonato. De todo ello quedó un aporte muy valioso para el fútbol brasileño, cuyos frutos se recogerían después. No fue nada despreciable el aporte de los uruguayos a la evolución de los brasileños.

"Vasco da Gama marcó mi retiro definitivo como jugador de fútbol. Fue cuando apenas tenía 27 años y



había llegado a la madurez como jugador. Cuando otros recién empiezan a rendir realmente, yo tuve que abandonar. Sufrí tres operaciones: dos a los meniscos y una a los ligamentos. Debí parar, porque el físico había quedado muy resentido."

La dirección técnica

"AL regreso del Brasil hice un curso de la Comisión Nacional de Educación Física y me convertí en director técnico. El fútbol era mi pasión y no podía quedar completamente fuera de él. Además, siempre me interesó este deporte como materia de estudio, de evolución. Me consideraba lo suficientemente inteligente y con la necesaria experiencia como para intentar dar un aporte al cambio táctico que creía imprescindible.

"Dirigiendo a River Plate, allá por 1947, participé precisamente de lo que aún hoy considero —y otros lo han dicho— como una verdadera revolución táctica. Hubo muchas resistencias, sobre todo al principio, pero nos adelantamos a lo que vendría después. Fuimos pioneros, hicimos un fútbol de avanzada, cambiando los esquemas tradicionales e inalterables hasta entonces. Esos esquemas subsistían por el respeto general. A ellos se debían tantos triunfos, que muy pocos se daban cuenta que los tiempos y las exigencias cambiaban y se hacía necesario acompasarse a esos cambios.

"En River creamos el primer volante o medio campista de anticipo. Esa función la cumplió espléndidamente Luis Alberto Luz, que en Nacional jugaba de marcador lateral. Lo ubiqué en el medio para marcar al jugador que creaba el fútbol en el equipo rival. Tenía la ductilidad y velocidad suficientes como para realizar ese trabajo con éxito. ¡Y vaya que lo consiguió!

"Además, ubiqué a Wáshington Gómez, el hermano de Walter, como un "pivot", sin obligación de marca, como distribuidor de nuestro juego, lo que también fue un éxito. A los centrohalfs rivales —Obdulio, Pini, etc.— los hacía marcar con Urrusmendi, el padre de "Pepito", que tenía una gran velocidad y enorme poder de recuperación.

"Con este esquema logramos durante dos años seguidos lo máximo a que podía aspirar entonces un equipo chico: el tercer lugar, detrás de Peñarol y Nacional.

"En esa época también dirigí a la selección, con resultados alentadores, aplicando mis nuevos métodos. En 1947 fui con la celeste a jugar la Copa Río Branco, debiendo hacer el primer partido en San Pablo. Nos alojamos en el Pacaembú y allí utilicé el pizarrón. El planteo lo hicimos con los jugadores. La tiza pasaba de mano en mano y los propios futbolistas exponían su opinión: Gambetta, Tejera, Máspoli, etc. Ahí hicimos la táctica. El partido terminó 0 a 0 y salió gran parte de lo que habíamos hablado previamente. En ese primer encuentro se lesionaron 4 o 5 jugadores y como habíamos ido sin médico, los debimos atender en la sanidad de Vasco da Gama. Como yo era amigo de la casa, la atención fue sensacional. Recuerdo que el presidente del club, Cyro Aranha, dijo con satisfacción al volver a verme: "El buen hijo a la casa vuelve".

"La revancha la jugamos en Río y perdimos 3 a 2, en un match plagado de cosas raras. Se armó un lío tremendo porque nos hicieron un gol viciado de nulidad. El árbitro tocó pito y luego dio ley de ventaja haciendo seguir la jugada cuando todos nuestros defensas se habían parado. A partir de ese momento hubo de todo, hasta "piñata" general.

"En aquel tiempo hacer una selección no era fácil porque había muchos jugadores muy parejos. Antes del debut por la Río Branco tuve un gran dilema: Máspoli o Paz. Los dos andaban muy bien y se hacían acreedores a la titularidad. Pensé toda la noche y finalmente me decidí por Máspoli. Durante los primeros 15 minutos no llegó una pelota al arco uruguayo y yo mantenía dudas. De pronto, Adhemir cabeceó una pelota a pocos metros y Máspoli la bajó de un ángulo. Ahí comprobé que no me había equivocado.

"Recuerdo también otro partido dirigiendo a la selección. Fuimos a jugar con la poderosa selección rosarina, en Santa Fe. Ganamos 3 a 1, luego de gran partido. Con ellos jugaban Hohberg, Perucca, Sobrero, Mussimessi. Tuve problemas para integrar el plantel, porque en esos años había muchos jugadores, pero también había que pedir-

UN LIO GRANDE

"Anécdotas, en tantos años de estar vinculado al fútbol, lógicamente uno tiene un montón. Es difícil decidir cuál es la más importante, o la más emocionante, o la más graciosa de todas.

"Hay una, que la he contado otras veces y siempre la recuerdo con una sonrisa. Ocurrió cuando disputábamos con la selección uruguaya el segundo partido por la Copa Río Branco, en 1947, en Río de Janeiro. Yo era el director técnico y el contador Canessa había viajado como presidente de la delegación. El primer partido había terminado 0 a 0 en San Pablo, cuando ellos creían que iban a ganar por goleada y la revancha estuvo encuadrada en un ambiente hostil, muy difícil de soportar.

"Estábamos empatados otra vez cuando Heleno de Freitas, gran jugador brasileño, nos hizo un gol en circunstancias por demás particulares. El juez tocó pito y cuando todos nuestros jugadores se pararon, dejó seguir la jugada. Se armó un lío de mi flor. La gente invadió la cancha y entramos también nosotros, con los suplentes. Allí pasó de todo durante unos cuantos minutos, hasta que se logró imponer la calma.

"En medio de la trifulca, el contador Canessa estaba muy enojado apartando gente y sobre todo a los particulares que se habían metido en la cancha. En eso, ve a un señor que andaba muy atareado manoteando jugadores, se le acerca y le increpa duramente: "¿Usted qué hace acá? ¡Mándese mudar inmediatamente si no quiere tener problemas!". Y el hombre, entre sorprendido e indignado, contestó furioso: "No me voy nada. ¡Soy el jefe de policía!" ¡Y era, nomás!".

LOS VIAJES INCREIBLES

"El fútbol de mis tiempos de jugador era muy distinto. Todo romanticismo, todo sacrificio. Por ejemplo, cada vez que se iba al exterior, los viajes eran interminables y cada uno constituía una anécdota. Lo que hoy se hace en dos o tres horas, antes llevaba semanas.

"Cuando fuimos a jugar con la selección a Lima, para el Sudamericano de 1935, anduvimos encima de cuanto medio de transporte puede imaginarse. De Montevideo a Buenos Aires fuimos en el tradicional Vapor de la Carrera. De la capital argentina viajamos a Mendoza en tren, durante prácticamente doce horas. De Mendoza debimos ir a Las Cuevas, en la frontera con Chile y el transporte fue en automóviles. Recuerdo que en esos días se había desatado un aluvión de nieve sobre las laderas de la cordillera y la llegada a Las Cuevas fue sumamente dificultosa.

"Desde la frontera fuimos a los Andes en el tren trasandino. Este tren era muy particular, ya que llevaba una máquina adelante, que era la que tiraba el convoy, y otra al final, detrás de todos los vagones, para empujar. Era un viaje muy lento y dificultoso y por momentos parecía que no podríamos seguir. De los Andes viajamos a Valparaíso en un tren eléctrico. Finalmente, de Valparaso a Lima, sede del campeonato, en vapor. Esta última etapa del prolongado viaje demoró 5 días.

"Cuando llegamos a la capital peruana nos recibieron con un pasacalle que decía: "Salve, Campeones Munciales". En realidad, la mayoría acompañábamos a quienes habían sido realmente campeones mundiales, que eran cuatro o cinco".

UN RECORD DE "EL DIARIO"

"En el Mundial de Suiza, en 1954, yo trabajaba para EL DIARIO y el jefe de fotógrafos era Alfredo Testoni. Cuando se jugó el partido entre Uruguay y Hungría, en Lausanna —aquel tan recordado enfrentamiento que fue llamado el partido del siglo—, organizamos con Alfredo un sistema muy singular de telefotos. Contratamos un laboratorio ambulante que estaba ubicado en una ciudad cercana, a 200 kilómetros de Ginebra. Y también a un motociclista para el transporte.

"Testoni sacó las fotos principales de los primeros minutos y le alcanzó el rollo al contador Damiani, que estaba junto a la delegación de periodistas. Damiani se lo dio al motociclista y éste lo trasladó al laboratorio ambulante. Todo esto se realizó en el tiempo necesario para lograr lo que entonces fue un récord para el periodismo nacional: las primeras fotos del partido llegaron a Montevideo antes de que el gran encuentro entre Uruguay y Hungría finalizara. Fue una gran conquista de EL DIARIO, basada fundamentalmente en un sistema por demás particular y hasta artesanal que pudimos montar en aquella ocasión. Hay que tener en cuenta que entonces no se trabajaba con las facilidades tecnológicas de hoy y por ello mismo esto, además de su valor anecdótico, adquiere una significación histórica que me interesa resaltar.

"Lo único triste de toda aquella jornada tan importante, que incluso desde el punto de vista periodístico fue un éxito, resultó la definición del partido, que dejó a Uruguay, después de una lucha titánica, fuera de las finales del Campeonato Mundial de Suiza."



Otra selección uruguaya dirigida por Marcelino Pérez. Esta vez para jugar con la selección argentina y luego con la rosarina. Destacan su presencia aquí Tejera, Mario Lorenzo, Gambetta, Máspoli, Luis E. Castro, Walter Gómez, Wáshington Gómez y otros

los por favor, porque los clubes, salvo que fuera para un Sudamericano o un Mundial, no los querían prestar. Yo quería a Walter Gómez, que era la estrella tricolor, el juvenil mimado, intocable. Después de muchas gestiones, idas y venidas y convenios, me lo prestaron pero sólo para jugar medio tiempo. Lo metí de entrada formando ala con Luis Ernesto Castro, y anduvo una barbaridad. Por supuesto que en el segundo tiempo no le dije nada y no lo saqué. Jugó todo el partido y después tuve que aguantar las protestas y reproches en Montevideo, aunque con el triunfo todos estaban contentos.

"Mi carrera de entrenador no terminó como yo quería. En River, aunque parezca increíble, quedé cesante al regreso de la gira por Colombia, que la culminamos invictos. Después tomé a Defensor, que venía con su producción en descenso y muchos problemas. Fue un error y también un fracaso. Nos fulmos a la "B" y ahí comprendí que es muy difícil pretender renovaciones tácticas. La tradición y el exitismo pesan mucho. Ser director técnico era una cosa muy difícil, al menos para mí. Y no quise seguir. Y entonces vino el periodismo.

El periodista

"AL iniciar la gira por Colombia con River, el Jefe de Deportes de EL DIARIO, De León, me pidió que le enviara fotos y algún detalle de los partidos que jugaríamos. La verdad es que yo me lo tomé muy a pecho, como todo en la vida. Y escribía kilómetros de papel. En algún momento temí haberme extralimitado, incursionando en un campo que no conocía, y pensé que al regresar me iba a dar cuenta que me había "embalado", como se dice vulgarmente.

"Sin embargo, al regreso, la sorpresa fue altamente estimulante. Me dijeron que todo el material había sido aprovechable y que si quería trabajar de periodista, allí tenía un lugar para hacerlo. Incluso me quisieron pagar por lo que había mandado durante la gira, pero lógicamente no acepté. Pese a todo, me hicieron un regalo, que conservo entre mis recuerdos más queridos.

"Puedo decir hoy que ése fue el comienzo en la tercera actividad —que mantengo, por suerte— vinculada al fútbol: primero jugador, luego director técnico y finalmente periodista deportivo.

"Estuve trece años en la redacción de EL DIARIO.

Estoy muy orgulloso de mi trabajo, porque ha sido fruto del interés, del trabajo constante. Cuando comencé, yo sabía mejor que nadie que me había metido en una responsabilidad muy difícil. Por eso seguí buenos ejemplos, acepté consejos y fundamentalmente leí mucho. El paso del tiempo y la experiencia hicieron lo demás. Creo haber cumplido."

MARACANA

"Al campeonato mundial de 1950 fui como periodista y es uno de los recuerdos más gratos e importantes de mi vida profesional. Hice muchos amigos entre los integrantes de aquella delegación. Amistades que aún perduran, a pesar de que muchas veces por mi función periodística tuve que decir que tal o cual jugador no había actuado bien. Pero las gentes de aquella generación se manejaban con otra mentalidad, con otra concepción del deporte, de la crítica, de la relación con los periodistas y fundamentalmente de la amistad. Ese tipo de amistad se ha desvirtuado un poco ahora. Claro que tal vez era más fácil entonces porque se ganaba más seguido. Eran épocas de triunfos, de glorias y todos sabemos que cuando eso pasa todo parece mejor, más lindo, más agradable. Los problemas son fáciles de aventar.

"Pero además de eso, no se me borrará jamás del recuerdo la entrada de los celestes a Maracaná, para jugar el partido final. Los brasileños habían batido el récord de entradas vendidas. El "scratch" obtenía el mundial con sólo empatar, ya que llevaba a Uruguay un punto de ventaja y en aquellos años el torneo era por puntos y no como ahora.

"Desde muy temprano un locutor, a través de la red de parlantes, arengaba de continuo al público para el multitudinario festejo que se realizaría una vez concluido el partido y del que iba a participar prácticamente todo el país. El gentío estaba no sólo confiado sino enardecido. Todos estaban convencidos no sólo de ganar sino también de que Uruguay entraría a la cancha disminuido sicológicamente, apesadumbrado por aquella multitud rugiente, llena de cánticos, explosiones de cohetes, serpentinas y batucadas.

"La entrada de los celestes, comandados por Obdulio Varela, fue impresionante e inolvidable. Allí se comenzó a ganar el partido. La multitud rugía y gritaba y los uruguayos salieron parsimoniosamente del túnel, caminando hacia la mitad de la cancha, despreocupados, confiados, agrandados en su pasmosa tranquilidad. Sorprendieron a todos, incluso provocaron que muchos gritos se apagaran. Dieron una sensación de solidez espiritual, de entereza y de seguridad que impresionó a todos. Dispuesta por Obdulio, fue una actitud de osadía, un paso adelante, un primer golpe efectivo a la confianza exagerada del rival. Después se ganó adentro de la cancha, sí, pero la final empezó a ser uruguaya en esa entrada al campo".

CONTRA PEUCELLE Y VARALLO

"Si bien el Sudamericanc de Santa Beatriz fue mi participación más destacable e importante como jugador vistiendo la casaquilla uruguaya, recuerdo con especial cariño mi debut internacional. Sobre todo porque se dieron una serie de circunstancias muy especiales.

"Debuté con la celeste en 1932, cuando todavía no había cumplido los 20 años, jugando como half izquierdo. Fue un partido contra Argentina, en Montevideo, no recuerdo ahora muy bien por qué copa en particular. Estaba muy fresca todavía la rivalidad rioplatense azuzada luego del Mundial del 30 y cada clásico entre argentinos y uruguayos era muy peculiar. Había de ambos lados un acendrado orgullo. Nadie quería perder. Se jugaba cada partido, aunque fuese amistoso, al todo o nada.

"Me tocó marcar el ala que integraban Varallo y Peucelle, dos excepcionales jugadores argentinos, precisamente el ala que fue titular en la final del Mundial de Montevideo. En esos tiempos el half hacía zona y se ubicaba entre el puntero y el entreala rivales. Por eso se decía que "marcaba el ala". En realidad, era un decir, porque había que tener muy buenas condiciones para conseguir anular a dos rivales de gran capacidad.

"En el primer tiempo me dieron un "baile" bárbaro. Me faltaba confianza y me sobraba juventud e inexperiencia. En el intervalo se me acercó Gestido y me dijo: "Pibe, a vos lo que te falta es tranquilizarte. Ahora, en el segundo tiempo, te voy a dar alguna que otra pelota para que te vayas arriba y agarres confianza. Vos jugá tranquilo, que las cosas van a salir bien". Dicho y hecho, Alvaro Gestido se recostó un poco sobre mi lado y comenzó a darme pases. Yo entré más seguido en contacto con la pelota, hice alguna buena jugada y me equilibré emocionalmente. Comprendí que estaba respaldado y que podía hacer lo mío. Esto influyó también en mi manera de marcar, ya que en el segundo tiempo no hubo "baile" y mi duelo con Peucelle y Varallo tomó tintes de paridad.

"La actitud de Gestido marca con claridad lo que era la actitud de los grandes jugadores de aquella época para con los más jóvenes. Estaban poseídos de un gran altruismo, de un total desinterés personal. Lo que sabían lo trasmitían, lo enseñaban".



Copa Río Branco, en 1947. Marcelino Pérez como director técnico, para dos partidos muy importantes jugados en San Pablo y Río contra los brasileños. Entre otros, posan aquí: Pini, Gambetta, Tejera, Máspoli, Paz, Luis Alberto Luz, Burgueño, Luis Ernesto Castro y el Loncha García. El primer partido lo empataron 0 a 0 y el segundo, matizado por un gran lío, lo perdieron 3 a 2

LA "PIRATERIA" DE COLOMBIA

"Dirigiendo a River Plate, en 1947, hicimos una gira por Colombia que fue histórica. En primer lugar porque terminamos invictos, pese a la continuidad y severidad de los compromisos. En segundo término, porque fue precisamente River, con esa actuación, quien "descubrió" el fenómeno que luego habría de llamarse la "piratería" del fútbol colombiano.

"Debutamos en la altura. Después fuimos a Cali, a Medellín y a Barranquilla y finalmente volvimos a Bogotá. En total fueron 9 partidos, que arrojaron un inmejorable balance deportivo y económico. River sorprendió con su fútbol de marca, distinto al tradicional hasta entonces y nuestros rivales no encontraron la forma de contrarrestar nuestras armas. Resultó una experiencia interesantísima.

"Al volver a Bogotá para cerrar la gira, ganamos un cuadrangular del que participaron también Millonarios, Santa Fe y Vélez Sársfield de Argentina. La final fue precisamente con los porteños. Llevábamos un punto de ventaja y con el empate final de 3 a 3, obtuvimos el torneo. El partido se jugó a las once de la mañana en el viejo estadio El Campín, antes de su remodelación. El encuentro se jugó de mañana porque de tarde toreaba Manolete en la Plaza de Santa María. Los colombianos no estaban acostumbrados a ver fútbol de mañana y se pensó que todo sería un fracaso. Sin embargo, obtuvimos una recaudación récord.

"Los dirigentes colombianos —Alfonso Senior entre ellos— se dieron cuenta que tenían un filón de oro entre las manos: el interés de los colombianos por el fútbol rioplatense y por su técnica. Y además tenían recursos como para traer a su país los mejores valores que quisieran.

"Al año siguiente llevaron jugadores de todas partes, inclusive ingleses, aunque en la gran mayoría eran rioplatenses. A Colombia pasaron muchos jugadores de las selecciones de Uruguay y Argentina. Todo eso dio lugar a la creación de la llamada "Federación Pirata" del fútbol de Colombia. En realidad, había sido River, con su gira, sus buenas actuaciones y el interés que despertó, el equipo que descubrió la posibilidad y dio origen a esa "piratería" que inundó de oro a los jugadores rioplatenses. Fué aquella época en que los grandes cracks argentinos —fundamentalmente— y uruguayos, se fueron a jugar a distintos equipos colombianos tentados por la moneda fuerte que se les ofrecía."



Plástico ,decidido, fundamentalmente elegante, Marcelino Pérez muestra aquí, en plena acción, sus virtudes técnicas y físicas. Firme en la acción, corta un avance rival con energía y calidad. La misma decisión, la misma firmeza, la misma elegancia fueron y siguen siendo sus virtudes en otros campos de la actividad deportiva